

## II

### NUEVOS AMORES

#### I

#### EL ERMITAÑO DEL JARDIN DE ACLIMATACION

Yo no sabía leer, llevaba los pantalones abiertos, lloraba cuando mi niñera me sonaba, y ya me sentía devorado por el amor de la gloria. Esta es la verdad: desde mis más tiernos años alimentaba el deseo de ilustrarme sin pérdida de tiempo y de sobrevivir en la memoria de los hombres. Buscaba los medios al colocar mis soldados de plomo sobre la mesa del comedor. Si hubiese podido hubiera ido á conquistarme la inmortalidad en los campos de batalla y sería semejante á alguno de aquellos generales que agitaba entre mis manitas y á quien concedía la gloria de las armas sobre un tapete de hule.

Pero no dependía de mí tener un caballo, un uniforme, un regimiento y enemigos, cosas esenciales todas para la gloria militar. Por eso me decidí á ser un santo. Esto exige menos accesorios y

alcanza muchas alabanzas. Mi madre era devota. Su devoción—amable y seria como ella—me conmovía mucho. Mi madre me leía con frecuencia la *Vida de los Santos*, que yo escuchaba con delicia, y que inundaba mi alma de sorpresa y de amor. Sabía muy bien cómo se arreglaban los hombres del Señor para que su vida fuese preciosa y estuviera llena de méritos. Sabía qué olor celestial difunden las rosas del martirio. Pero el martirio era un extremo en el cual no me he detenido. Tampoco pensé en el apostolado y la predicación, que no entraban en mis medios. Me conformé con las austeridades, pareciéndome de un uso fácil y seguro.

Para entregarme á ellas sin pérdida de tiempo, me negué á almorzar. Mi madre, que nada sabía de mi nueva vocación, creyéndome enfermo, me miró con una inquietud que me dió lástima. Pero me abstuve de almorzar. Luego, recordando á San Simeón Estilita, que vivió sobre una columna, me subí al fregadero de la cocina; pero no pude vivir allí, pues Julia, nuestra criada, me desalojó inmediatamente. Una vez alejado del fregadero, me lancé con ardor en el camino de la perfección y resolví imitar á San Nicolás de Patras, que distribuyó sus bienes entre los pobres. La ventana del despacho de mi padre daba al muelle. Tiré por aquella ventana unas cuantas monedas de co-

bre que me habían dado porque eran nuevas y relucían mucho: luego arrojé unos birlos, unos peones y mi peonza con su látigo de piel de anguila.

—¡Este niño es estúpido!—exclamó mi padre, cerrando la ventana.

Experimenté cólera y vergüenza al verme así juzgado. Pero luego consideré que no siendo mi padre como yo, un santo, no compartiría conmigo la gloria de los bienaventurados, y este pensamiento me proporcionó un gran consuelo.

Llegó la hora de ir á paseo y me pusieron el sombrero; arranqué la pluma, á ejemplo del bienaventurado Labre, que cuando le daban un gorro viejo y grasiento, tenía muy buen cuidado de arrastrarlo por el fango antes de ponérselo. Al saber mi madre la aventura de las riquezas y la del sombrero, encogióse de hombros y dió un profundo suspiro. Realmente, aquello la afligía mucho.

Durante todo el paseo tuve los ojos bajos para no distraerme con los objetos exteriores, conformándome de este modo con un precepto citado frecuentemente en la *Vida de los Santos*.

Al regresar de aquel saludable paseo, para perfeccionar mi santidad, me hice un cilicio, metiéndome por la espalda, entre la ropa y la carne, crin de una butaca vieja. Tuve que sufrir nuevas tribulaciones, pues Julia me sorprendió en el momento que imitaba á los hijos de San Francis-

co, y fijándose en las apariencias, sin penetrar la intención, sólo tomó en cuenta que había destripado una butaca, y me zurró sin meterse en más averiguaciones.

Reflexionando en los penosos incidentes de aquella jornada, reconocí que es muy difícil practicar la santidad en la familia. Comprendí por qué razón los Santos Antonio y Jerónimo huyeron al desierto entre los leones y los sátiros; resolví retirarme desde el día siguiente á una ermita. Escogí para ocultarme el laberinto del Jardín de Aclimatación. Allí quería yo vivir dedicado á la contemplación, vestido como San Pablo el Ermitaño, con un traje de hojas de palmera. Yo pensaba: en este jardín habrá raíces para alimentarme. Se divisa una choza en la cima de una montaña. Ahí, estaré en medio de todos los animales de la creación; el león que cavó con sus uñas la tumba de Santa María Egipciaca, vendrá sin duda á buscarme para hacer los honores de la sepultura á algún solitario de las cercanías. Veré, lo mismo que San Antonio, al hombre de los pies de macho cabrío, y el caballo con el busto de hombre. Quizá también los ángeles me arrebatarán á la tierra entonando cánticos celestiales.

Mi resolución parecerá menos extraña cuando se sepa que, desde hacía mucho tiempo, el Jardín

de Aclimatación era para mí un lugar santo, bastante parecido al Paraíso terrenal, que yo veía representado en las láminas de mi Biblia. Mi niñera me llevaba allí con frecuencia y yo experimentaba un sentimiento de santa alegría. Hasta el cielo me pareció más espiritual y más puro que en otros sitios, y entre las nubes que pasaban sobre la pajarera de los guacamayos, sobre la jaula del tigre, la zanja del oso y sobre la casa del elefante, veía confusamente á Dios Padre, con su barba blanca y su traje azul, con los brazos extendidos para bendecirme, con el antílope y la gacela, el conejo y la paloma; y cuando estaba sentado bajo el cedro del Líbano veía descender sobre mi cabeza, al través de las ramas, los rayos que el Padre Eterno dejaba escapar de sus dedos. Los animales que comían en mi mano mirándome con dulzura, me recordaban lo que mi madre me había enseñado de Adán y de los días de la primera inocencia. La creación reunida allí, como en otro tiempo en la casa flotante del Patriarca, se reflejaba en mis ojos, engalanada con una gracia infantil. Y nada burlaba la ilusión de mi Paraíso. No me extrañaba ver en él criadas, militares y vendedores de coco. Muy al contrario, me consideraba feliz cerca de aquellos humildes y de aquellos pequeños, yo el más pequeño de todos. Todo me parecía claro, amable y bueno, porque

con mi candor soberano, lo refería todo á mi ideal de niño.

Me dormí con la resolución de irme á vivir en medio de aquel jardín para hacer méritos y ser semejante á los grandes santos cuya florecida historia recordaba.

Al día siguiente mi resolución era todavía firme. Se la comuniqué á mi madre que se puso á reír.

—¿Quién te ha dado la idea de hacerte ermitaño en el Jardín de Aclimatación?—me dijo mientras me peinaba, sin dejar de reírse.

—Quiero ser célebre—respondí yo—y poner en mis tarjetas: «Ermitaño y santo de calendario», lo mismo que papá pone en las suyas: «Premiado por la Academia de Medicina y secretario de la Sociedad de Antropología».

Al oír esto mi madre, dejó caer el peine que me pasaba por el cabello.

—¡Pedro!—exclamó—¡Pedro, qué locura y qué pecado! ¡Soy muy desgraciada! Mi niño ha perdido el juicio á la edad en que no se tiene todavía.

Luego, volviéndose hacia mi padre, añadió:

—¿Has oído, Pedro? ¡A los siete años quiere ya ser célebre!

—Hija mía—respondió mi padre—, ya verás cómo á los veinte años está harto de la gloria.

—¡Dios lo quiera!—dijo mi madre—; no me gusta la gente vanidosa.

Dios lo ha querido y mi padre no se equivocaba. Semejante al rey de Yvetot vivo muy bien sin gloria, y ya no tengo el más mínimo deseo de grabar el nombre de Pedro Nozière en la memoria de los hombres.

Ahora cuando me paseo con mi cortejo de recuerdos lejanos por el Jardín de Aclimatación, tan triste y abandonado, siento un incomprensible deseo de contar á los amigos desconocidos el ensueño que acaricié de vivir como un anacoreta, como si aquel ensueño de niño pudiera, al mezclarse con los pensamientos ajenos, hacer pasar por ellos la dulzura de una sonrisa.

Es también una preocupación para mí el saber si realmente hice bien en renunciar desde la edad de seis años á la vida militar; pues lo cierto es que desde entonces acá nunca he pensado en ser soldado. Y lo siento hasta cierto punto, porque la carrera de las armas dignifica la vida. El deber es claro y mejor definido, puesto que no es el razonamiento el que lo determina. El hombre que puede razonar sus actos descubre en seguida que hay muy pocos inocentes. Es necesario ser sacerdote ó soldado para no conocer las angustias de la duda.

Respecto á mis ensueños de solitario los he

vuelto á concebir siempre que he creído sentir que la vida era profundamente mala; es decir, cada día. Pero diariamente la naturaleza me tiró por la oreja y me condujo de nuevo á los entretenimientos entre los cuales se deslizan las humildes existencias.

## II

## EL SEÑOR HERMOSO

Se encuentran en las *Memorias de Enrique Heine* retratos de una realidad sorprendente y rodeados de cierta poesía.

Tal es el retrato de Simón de Geldern, tío del poeta. «Era—dice Enrique Heine—un original de apariencias muy humildes y también muy extremas, una figurita placentera, una fisonomía pálida y seria, cuya nariz tenía una rectitud griega, aunque seguramente era un tercio más larga de lo que los griegos acostumbraban á usar la nariz... Iba siempre vestido con arreglo á una moda anticuada; llevaba calzón corto, medias de seda blanca, zapatos con hebilla, y según la antigua costumbre una coleta muy larga. Cuando aquel hombre trotaba con paso menudo por las calles, su coleta saltaba de un hombro al otro, haciendo cabriolas de todas clases y pareciendo burlarse de su mismo amo, á su espalda.»

Aquel hombre tenía un alma muy magnánima y su levita envolvía al último de los caballeros. Pero aquel caballero no era andante. Vivía en su

casa de Düsseldorf, en el *Arca de Noé*. Este era el nombre que daban á aquella casita patrimonial á causa del arca que se veía bonitamente esculpida sobre la puerta y pintada con colores llamativos. Allí pudo entregarse sin reposo á todos sus gustos, á todas sus niñerías de erudición, á su bibliomanía, á su locura de escribir principalmente en los periódicos políticos y en las revistas poco leídas.

Su celo por el bien público era lo que le impulsaba á escribir. Sufría mucho. Pensar, solamente, le costaba esfuerzos desesperados. Tenía un estilo antiguo y seco que le habían enseñado en los colegios de los jesuitas.

Fué precisamente aquel tío—nos dice Enrique Heine—el que ejerció una gran influencia sobre la cultura de mi espíritu, y al cual, respecto á este punto, estoy infinitamente agradecido. Por muy diferente que fuese nuestra manera de pensar, sus aspiraciones literarias, lamentables sin duda, contribuyeron quizá á despertar en mí el deseo de escribir.

La figura del viejo Geldern me trae á la memoria otra, que no existiendo más que en mis propios recuerdos, resultará pálida y sin encanto. En verdad, no sabré hacer nunca uno de aquellos retratos, á la vez fantásticos y reales, cuyo secreto tuvieron Rembrant y Heine. ¡Es lástima! El original se merecía un entendido pintor.

¡Sí!, yo también tuve mi Simón de Geldern para inspirarme desde la infancia el amor de las cosas intelectuales y la locura de escribir. Se llamaba Hermoso; á él le debo quizá el emborronar desde hace quince años, el papel con mis sueños. No sé si debo darle las gracias. Al menos no inspiró á su discípulo más que una manía inocente como la suya.

Su manía consistía en hacer catálogos. Catalogar, catalogar, catalogar. Yo le admiraba y á los diez años me parecía más agradable hacer catálogos que ganar batallas. Con el tiempo he modificado bastante mis inclinaciones; pero en el fondo no he cambiado de opinión tanto como puede creerse. El señor Hermoso me parece todavía digno de alabanzas y de envidia, y si á veces me ocurre que al acordarme de aquel viejo amigo, suelto la risa, mi expansión es afectuosa y tierna, sin asomo de burla.

El señor Hermoso era muy viejo cuando yo era muy joven, lo cual nos permitió congeniar mucho.

Todo en él me inspiraba una curiosidad confiada. Sus gafas colocadas en la punta de la nariz, que era gorda y redonda, su rostro sonrosado y mofletudo, sus chalecos rameados, su gran bata acolchada, cuyos bolsillos abiertos rebotaban libros.

Toda su persona respiraba una bondad realzada con un granito de locura. Llevaba un sombrero bajo de alas anchas, alrededor del cual sus cabellos blancos se enroscaban como la madreselva en las balaustradas de las terrazas. Todo cuanto decía era sencillo, corto, variado, en imágenes, como un cuento de niño. Era naturalmente pueril y me entretenía sin esforzarse nada. Muy amigo de mis padres y viendo en mí un niño tranquilo é inteligente, me animaba á que fuera á verle á su casa, donde no le visitaban más que las ratas.

Era una casa antigua, que formaba esquina en una calle estrecha y pendiente que conduce al Jardín de Aclimatación, y donde creo que se habían dado cita todos los fabricantes de corchos y todos los toneleros de París.

Sentíase un olor de bodega que nunca olvidaré. Después de atravesar, guiados por Nanon, la vieja criada, un jardincito clerical y de subir unos escalones, entrabamos en la más extraordinaria morada. Me recibían varias momias colocadas en la antesala; una de ellas estaba encerrada en su envoltura dorada, otras no tenían más que trapos ennegrecidos alrededor de sus desecados cuerpos; una, en fin, desprovista de su vendaje, miraba con ojos de esmalte y enseñaba sus blancos dientes. La escalera no era menos espantosa;

cadenas, anillas, llaves de calabozos del grosor de la muñeca, pendían de las paredes.

El señor Hermoso era capaz de tener, como Bouvard, una horca vieja en su colección. Poseía la escalera de Latude y una docena de hermosas mordazas. Las cuatro habitaciones de su casa no se diferenciaban en nada las unas de las otras; los libros llegaban al techo; y también cubrían las paredes medallas, armaduras, banderas, telas ahumadas y trozos mutilados de antiguas esculturas de piedra ó de madera. Había también sobre una mesa coja y sobre un cofre carcomido unos montones de loza pintada.

Todo lo que puede colgarse, pendía del techo en unas actitudes lamentables y en aquel museo caótico los objetos se confundían bajo una misma capa de polvo y parecían no sostenerse más que con los numerosos hilos con que las arañas los envolvían.

El señor Hermoso, que entendía á su manera la conservación de las obras de arte, prohibía á Nanon que barriera los suelos. Lo más gracioso era que todo en aquella mezcolanza tenía una fisonomía triste ó burlona y se mostraba picarescamente, yo veía en aquello una encantada muchedumbre de espíritus malignos.

El señor Hermoso permanecía generalmente en su alcoba, que estaba tan llena de estorbos como

las demás habitaciones, pero no tan empolvada, pues la antigua criada tenía permiso para pasear por allí la escoba y el plumero. Una gran mesa llena de pedacitos de cartón, ocupaba la mitad del aposento.

Mi viejo amigo, con una bata rameada y un gorro de noche, trabajaba delante de aquella mesa con toda la alegría de un corazón sencillo. Catalogaba. Y yo con los ojos muy abiertos y conteniendo la respiración, le admiraba. Catalogaba con preferencia los libros y las medallas, se ayudaba con un vidrio de aumento y cubría sus papeles de una escritura regular y apretada. Yo no concebía que pudiera uno entregarse á una ocupación más divertida. Me engañaba. Hubo un impresor capaz de imprimir los catálogos del señor Hermoso y entonces vi á mi amigo corrigiendo pruebas; ponía signos misteriosos en los márgenes de las galeradas. Entonces comprendí que aquella era la más agradable ocupación del mundo y me quedé estupefacto de admiración.

Poco á poco la audacia me dominó y me prometí que llegara un día en que yo también tuviera pruebas que corregir. Pero este deseo no fué atendido. Lo lamento medianamente, pues en el trato de un escritor amigo mío, pude luego notar que se cansa uno de todo, hasta de corregir pruebas. No es menos cierto que mi viejo amigo de-

terminó mi vocación. Con el espectáculo, nada común de su mueblaje, acostumbró mi espíritu de niño á las formas antiguas y raras, lo condujo hacia el pasado y le comunicó curiosidades ingeniosas; con el ejemplo de un trabajo intelectual sistemáticamente realizado, sin fatiga y sin inquietud, me dió desde la niñez el deseo de trabajar para instruirme. Gracias á él soy un lector asiduo en mi retraimiento, glosando minuciosamente textos antiguos y garrapateando unas Memorias que no se imprimirán jamás.

Tenía yo doce años cuando falleció tranquilamente aquel anciano amable y singular. Sus catálogos, como ustedes comprenderán, se quedaron en pruebas y sin publicarse. Nanón vendió á los anticuarios las momias y cuanto pudo. Estos recuerdos tienen ya más de un cuarto de siglo.

La semana pasada vi expuesta en el hotel Drouot una de aquellas diminutas Bastillas que el patriota Palloy esculpía en 1789 con las piedras de la fortaleza destruída, ofreciéndolas á cambio de una retribución á las municipalidades y á los ciudadanos. El objeto era poco extraño y de difícil manejo. Sin embargo, lo examiné con una curiosidad instintiva, y experimenté alguna emoción al leer debajo de una de aquellas torres un letrero casi borrado que decía: *De la colección del señor Hermoso.*

### III

#### LA ABUELA NOZIÈRE

Aquella mañana, mi padre tenía el rostro contraído y pálido. Mi madre, muy atareada, hablaba bajo. En el comedor una costurera cosía ropa negra.

El almuerzo fué triste y hubo cuchicheos en torno. Comprendí que algo pasaba.

Al fin mi madre, completamente enlutada, me dijo:

—Ven, hijo mío.

Yo la pregunté dónde íbamos y ella me respondió:

—Pedro, escúchame bien. Tu abuelita Nozière... ya sabes, la madre de tu padre... ha muerto esta noche. Vamos á decirla adiós, y á besarla por última vez.

Y entonces noté que mi madre había llorado; y sin duda sentí una impresión muy honda—pues no se ha borrado aún de mi memoria desde hace tantos años—y tan vaga, que me es imposible expresarla con frases. Ni siquiera puedo decir que fué una impresión triste. Aquella tristeza, al me-

nos, no tenía nada de cruel. Una sola denominación, acaso la de novelesca, puede aplicarse á lo que yo sentí entonces, que no estaba seguramente fundado en ningún elemento real.

Durante todo el camino pensé en mi abuela; no me era posible formarme una idea de lo que había sucedido. ¡Morir! No adivinaba lo que aquello podía ser. Solamente sentía que el momento era solemne.

Por una ilusión que puede explicarse, creí ver, al acercarme á la casa mortuoria, que los alrededores y la vecindad estaban bajo la influencia de la muerte de mi abuela, que el silencio matutino de las calles, que las llamadas de vecinos y vecinas, el paso rápido de los transeuntes, el ruido sordo de los martillos del herrador, eran debidos á la muerte de mi abuela.

Asocié á aquella idea, que me ocupaba por completo, la hermosura de los árboles, la suavidad del aire, el resplandor del cielo, que por primera vez me llamaron la atención.

Sentíame avanzando por un camino misterioso, y cuando al revolver de la calle vi el jardín y el pabellón tan conocidos, experimenté como una decepción al no advertir nada extraordinario. Los pájaros cantaban.

Tuve miedo y miré á mi madre. Sus ojos estaban fijos, con una invencible expresión de horror.

sobre un punto, hacia el cual dirigí también mis ojos.

Entonces descubrí, á través de los cristales y las cortinas blancas del cuarto de mi abuela, un resplandor, un tenue y pálido resplandor oscilante; y aquel resplandor era tan fúnebre entre la intensa claridad del día, que bajé la cabeza para no verlo.

Subimos la escalera de madera y atravesamos la habitación, en la que reinaba un profundo silencio. Cuando mi madre extendió la mano para abrir la puerta del cuarto, quise detenerla... Entramos. Una monjita que estaba sentada en una butaca se levantó y nos dejó sitio á la cabecera de la cama. Mi abuela estaba allí, acostada, con los ojos cerrados.

Me pareció que su cabeza se había vuelto pesada, pesada como una piedra, ¡de tal modo se hundía en la almohada! ¡Con cuánto detalle la vi! Un gorro blanco la ocultaba los cabellos; parecía menos vieja que de ordinario, aunque estaba muy descolorida.

¡Oh! ¡Pero no parecía dormir! ¿De dónde provenía aquella sonrisa maliciosa y obstinada, que daba tanta pena ver?

Me pareció que los párpados se estremecían ligeramente, sin duda porque estaban expuestos á la claridad temblorosa de los dos cirios encendi-

dos sobre la mesa, junto á un plato, en el cual una rama de boj se remojaba en agua bendita.

—Besa á tu abuelita—me dijo mamá.

Adelanté los labios. La especie de frío que sentí no tiene nombre ni lo tendrá nunca.

Bajé los ojos y oí á mi madre que sollozaba.

En verdad no sé qué hubiera sido de mí si la criada de mi abuela no me hubiese sacado de aquel cuarto.

Cogiéndome de la mano, me condujo á una tienda de juguetes, y me dijo:

—Escoge.

Elegí una ballesta y me entretuve tirando garbanzos á las hojas de los árboles.

Había olvidado á mi abuela.

Por la noche, al ver á mi padre recordé los pensamientos de la mañana. Mi pobre padre estaba desconocido. Tenía la cara abotagada, lustrosa, ardorosa, los ojos hundidos, los labios convulsos.

No entendía lo que le decían, pasando del anadamiento á la impaciencia. Cerca de él mi madre escribía varias señas sobre unas esquelas orladas de negro. Algunos parientes fueron á ayudarla. Me enseñaron á doblar esquelas. Una docena de personas estábamos alrededor de una gran mesa. Hacía calor. Yo trabajaba en un oficio nuevo; aquello me daba importancia y me divertía.

Después de su muerte, mi abuela vivió para mí una segunda vida más intensa que la primera. Recordaba yo con una realidad increíble todo cuanto la había visto hacer ó la había oído decir en sus tiempos, y mi padre nos refería cosas de su madre que la hacían parecer viva, tanto, que por la noche, después de cenar, nos figurábamos haberla visto cortar nuestro pan. ¿Por qué no dijimos á aquella sombra querida lo que le dijeron al Maestro los peregrinos de Emaú?

—Permaneced entre nosotros, pues es tarde y anochece.

¡Oh! ¡Qué deliciosa aparición resultaba con su gorra de encajes y cintas verdes! Yo no concebía que se aviniera á estar en el otro mundo. La muerte la convenía menos que á nadie. Eso de morir está bien para un fraile ó para una heroína, pero no para una viejecita alegre y ligera, tan monamente vestida como mi abuelita Nozière.

Voy á decirles á ustedes lo que había descubierto yo solo cuando ella aún vivía.

Mi abuela era frívola; mi abuela tenía una moral fácil; mi abuela no era más piadosa que un pájaro. Había que ver la mirada que nos lanzaba cuando, los domingos, mi madre y yo nos íbamos á la iglesia. Y sonreía al advertir la seriedad con que mi madre trataba todas las cosas de este mundo y del otro.

Me perdonaba fácilmente mis faltas, y creo que era una mujer capaz de perdonar faltas más graves que las mías.

Tenía la costumbre de decir:

—Será más atrevido que su padre.

Con lo cual quería dar á entender que yo pasaría mi juventud bailando y que me enamoraría de cien mil vírgenes. Me halagaba mucho. La sola cosa que la agradaría de mí si aún estuviera en este mundo (donde contaría ya ciento diez años), es mi gran facilidad para vivir y una feliz tolerancia que no he pagado demasiado caras, adquiriéndolas á cambio de algunas creencias morales y políticas. Estas cualidades tenían en mi abuela el atractivo de las gracias naturales. Murió sin saber que las poseía. Mi inferioridad está en reconocer que soy tolerante y sociable.

Mi abuela era del siglo XVIII. ¡Y bien lo parecíal Lamento que no hayan escrito sus Memorias. En cuanto á escribirlas ella misma, no fuera posible. Pero ¿no hubiera debido hacerlo mi padre en lugar de medir los cráneos de Papous y de Boschimans? Carolina Nozière nació en Versalles el 16 de Abril de 1772; era hija del médico Dussuel, cuya inteligencia y carácter estimaba mucho Cabanis. Fué Dussuel quien en 1786 asistió al Delfín, atacado de una ligera escarlatina. Un coche de la reina iba todos los días á buscarle á

la casita de Luciennes donde vivía pobremente con sus libros y su herbario, como buen discípulo de Juan Jacobo Rousseau. Un día el coche volvió vacío á palacio; el médico se había negado á ir. A la visita siguiente la reina muy encolerizada, le dijo:

—¡Nos había olvidado usted, caballero!

—Señora—repuso Dussuel—, sus reproches me ofenden; pero como honran á la naturaleza, se los debo perdonar á una madre. No dude usted que la salud de su hijo me interesa. Ayer no vine porque tuve que asistir á una campesina que estaba de parto.

En 1789, Dussuel publicó un folleto que no puedo abrir sin veneración ni leer sin sonreír. Se titula *Los votos de un ciudadano*, y tiene el siguiente epígrafe: *Mis eris succurrere disco*. El autor dice al comenzar que hace en su choza votos para la felicidad de los franceses. Traza en seguida candorosamente las reglas de la felicidad pública; son las de un prudente libertino garantizadas por la Constitución. Termina mostrando al agradecimiento de los hombres sensibles, á Luis XVI, rey de un pueblo libre, y augura la vuelta de la Edad de Oro.

Tres años después le guillotinaban á sus enfermos, que eran al mismo tiempo sus amigos, y él, sospechoso de moderantismo, fué conducido por

orden del comité de Sévres, á Versailles, al convento de Recoletos transformado en cárcel. Llegó allí cubierto de polvo y pareciendo más bien un viejo indigente que un médico filósofo. Dejó en el suelo su saquito de mano que contenía las obras de Locke y de Helvetius, y dejándose caer en una silla suspiró:

—¿Esta es la recompensa de cincuenta años de virtud?

Una mujer admirablemente hermosa, á quien no había visto, acercándose á él con una jofaina y una esponja, le dijo:

—Es creíble que nos guillotinarán, caballero. ¿Quiere usted entre tanto permitirme que le lave la cara y las manos, pues parece usted un salvaje?

—¡Mujer sensible!—exclamó el viejo Dussuel—jes en la residencia del crimen donde la encuentro! Su edad, su rostro y su proceder, todo me indica que es usted inocente.

—No soy culpable más que de haber llorado la muerte del mejor de los reyes—respondió la hermosa cautiva.

—Luis XVI tuvo muchas virtudes—repuso mi bisabuelo—; pero cuál fuera su gloria si se hubiera conservado fiel hasta el fin á aquella sublime Constitución...

—¡Cómo! caballero—exclamó la mujer, agitan-

do su esponja empapada—, ¿es usted un jacobino del bando de los concusionarios?...

—Cómo, señora, ¿será usted de la facción de los enemigos de la Francia?—suspiró Dussuel, casi lavado—. ¿Es posible que pueda hallarse sensibilidad en una aristócrata?

Ella se llamaba Laville y había llevado luto por el rey. Durante los cuatro meses que estuvieron encerrados juntos no cesó de disputar con su compañero y de ingeniarse para serle útil. En contra de lo que esperaban los dos, no les cortaron la cabeza: los pusieron en libertad por un informe del diputado Battelier, y la señora de Laville fué la mejor amiga de mi abuela, que tenía entonces veintiún años, y estaba casada desde los diez y ocho con el ciudadano Danger, ayudante de un batallón de voluntarios del Alto Rhin.

—Es un hombre muy guapo—decía mi abuela—, pero no estoy segura de reconocerle en la calle.

Aseguraba no haberle visto en junto más de seis horas en cinco veces. Se casó con él por un capricho de niña, para poder llevar un tocado al estilo *nación*. En realidad no quería marido. Y él quería á todas las mujeres. Se marchó, y ella le dejó irse sin disgustarse lo más mínimo.

Encaminándose á la gloria Danger, dejó por única herencia á su esposa, en un cajón de un escritorio, varios recibos de dinero de un hermano

suyo, Danger de Saint-Etienne, oficial del ejército de Condé, y un paquete de cartas escritas por emigrados. Era lo suficiente todo esto para hacer guillotinar á mi abuela y á cincuenta personas más.

Sospechaba el peligro, y á cada visita domiciliaria que efectuaban en el barrio, se decía: «No tengo más remedio que quemar los papeles del granuja de mi marido.» Pero no se realizaban nunca tan saludables propósitos. Al fin, una mañana se decidió.

Sentada frente la chimenea, repasaba los papeles del escritorio, después de haberlos esparcido en el sofá. Y allí, tranquilamente, hacía montoncitos, poniendo en un lado los que podían guardarse, y en otro, los que era necesario destruir. Leía una línea acá y allá, de tal página ó tal otra, y su imaginación vagaba de recuerdo en recuerdo, picoteando en el camino alguna pizca del pasado, cuando de pronto sintió que abrían la puerta. Inmediatamente, por una súbita revelación del instinto, imaginó que se trataba de una visita domiciliaria.

Cogió á puñados todos los papeles y los tiró debajo del sofá, cuya funda arrastraba hasta el suelo. Y como asomaban algunos, los empujó con el pie. La punta de una carta se veía aún, semejante á la oreja de un gatito blanco, cuando un

delegado del Comité de Seguridad general entró en la habitación con seis hombres más, armados de fusiles, de sables y de lanzas. La señora Danger permanecía en pie delante del sofá, pensando que su infortunio con ser muy grande, no era irremediable, que la quedaba alguna esperanza, entre mil probabilidades adversas; y lo que iba á suceder la interesaba extremadamente.

—Ciudadana—la dijo el presidente de la sección—, te han denunciado por sostener correspondencia con los enemigos de la República. Venimos á recoger todos tus papeles.

El agente de seguridad general se sentó en el sofá para escribir el proceso verbal del embargo.

Entonces aquellos hombres registraron todos los muebles, haciendo saltar las cerraduras, vaciando los cajones sin encontrar nada, hundiendo las puertas de los armarios, volcando las cómodas, descolgando los cuadros y destrozando con las bayonetas los baúles y los colchones. Pero todo fué en vano. Exploraron las chimeneas y levantaron algunas baldosas del piso. Perdieron el tiempo. Al fin, después de tres horas de registros infructuosos y de buscar inútilmente, cansados, desesperados, humillados, se retiraron, prometándose volver. No se les había ocurrido mirar debajo del sofá.

Pocos días después, al regresar del teatro, mi

abuela encontró en la puerta de su casa un hombre descarnado, lívido, desfigurado, con una barba gris y sucia, y que se arrojó á sus pies diciendo:

—¡Ciudadana Danger, soy Alcides: sálvame!  
Entonces le reconoció.

—Dios mío—dijo—, ¿es posible que sea usted el señor Alcides, mi maestro de baile? ¡En qué estado le vuelvo á ver, señor Alcides!

—Estoy proscrito, ciudadana, sálveme.

—Sólo puedo intentarlo. También yo soy sospechosa, y mi cocinera es jacobina. Sígame usted. Pero tenga cuidado de que no le vea el portero. Es agente municipal.

Subieron la escalera, y la buena señora de Danger se encerró en su cuarto con el deplorable Alcides, que temblaba de fiebre y repetía chocando los dientes:

—¡Sálveme, sálveme usted!

Al verle una fisonomía tan lamentable sintió ganas de reirse. Sin embargo, la situación era crítica.

—¿Dónde esconderle?—se preguntaba mi abuela, recorriendo con la mirada los armarios y las cómodas.

A falta de otro sitio mejor tuvo la idea de meterle en su cama.

Echó fuera dos colchones, y dejando así un es-

pacio hueco cerca de la pared, metió allí á Alcides. La cama de aquella manera tenía un aspecto desordenado.

Desnudándose se acostó. Luego llamando á la cocinera, dijo:

—Estoy delicada; deme usted un pollo, ensalada y un vaso de vino de Burdeos. Zoe, ¿qué se dice de nuevo hoy?

—Que hay una conspiración de esos tunantes de aristócratas; por lo visto quieren hacerse guillotinar hasta el último. Pero los descamisados tienen buen ojo. ¡*Ça ira!* ¡*Ça ira!*... El portero me ha dicho que uno que se llama Alcides está muy perseguido por la sección; y que puede usted esperar una visita domiciliaria durante la noche.

Alcides, entre los colchones, oyó todo aquello. Después de marcharse Zoe le invadió un temblor nervioso, que sacudía toda la cama, y su respiración se hizo tan dificultosa, que resonaba en la habitación como un silbido estridente.

—Esto marcha—se dijo la señora Danger.

Y se comió el alón del pollo, dando á beber al triste Alcides dos dedos de vino de Burdeos.

—¡Ah, señora!... ¡Oh, Jesús!—exclamó Alcides. Y empezó á gimotear más de lo debido.

—¡A las mil maravillas!—se dijo la señora Danger—; ya puede venir la municipalidad.

Y esto pensaba cuando un ruido de culatas que

chocaban pesadamente con el suelo, sacudió el descansillo de la escalera. Zoe introdujo cuatro agentes municipales y treinta soldados de la guardia nacional.

Alcides no se movía ni dejaba oír la más leve respiración.

—Levántese usted, ciudadana—dijo uno de los soldados.

Otro objetó que la ciudadana no podía vestirse delante de los hombres.

Un ciudadano que vió una botella de vino, cogiéndola lo probó y los otros bebieron también.

Un alegre compadre se sentó en la cama, y cogiendo á la señora Danger por la barbilla, dijo:

—¡Qué lástima que con una cara tan bonita sea aristócrata y que necesitemos cortar esa garganta!

—¡Vaya!—dijo la señora Danger—veo que son ustedes personas amables. Dénse prisa y busquen todo lo que tengan que buscar, pues me muero de sueño.

Permanecieron dos horas mortales en el cuarto; pasaron veinte veces uno detrás de otro delante de la cama y miraron si había alguien debajo. Después de haber dicho mil inconveniencias, se fueron.

Apenas el último soldado había vuelto las espaldas, cuando la señora Danger llamó:

—¡Señor Alcides! ¡Señor Alcides!

Una voz angustiada respondió:

—¡Cielos! Pueden oírnos. Jesús, señora, tenga usted compasión de mí.

—Señor Alcides—prosiguió mi abuela—, ¡qué susto me ha dado usted! Ya no le oía respirar, pensé que se había usted muerto, y ante la idea de estar echada sobre un cadáver he creído cien veces desfallecer. Señor Alcides: no se ha portado usted bien conmigo, ¡cuando no se está muerto se avisa! Nunca le perdonaré á usted el susto que me ha dado.

¿No fué excelente mi abuela con su pobre Alcides? Al día siguiente fué á ocultarle á Meudón y le salvó gallardamente.

Nadie sospechará que la hija del filósofo Dussuel haya creído fácilmente en los milagros, ni que se haya aventurado hasta los confines del mundo sobrenatural.

No tenía ni una pizca de religión, y su buen sentido un poco escaso, ofendíase de cualquiera misterio. Sin embargo, aquella persona tan razonable contaba á todo el que lo quería oír, un hecho maravilloso del que había sido testigo.

Al visitar á su padre en los Recoletos de Versalles, había conocido á la señora de Laville, que estaba presa. Cuando aquella señora fué puesta en libertad, se instaló en la calle de Lancrey, en

la casa en que vivía mi abuela. Las dos habitaciones estaban en el mismo piso.

La señora de Laville vivía con una hermana más joven que ella llamada Amelia.

Amelia era alta y hermosa. Su pálido rostro, realzado por una cabellera negra, tenía una incomparable belleza de expresión. Sus ojos lánguidos ó ardientes, buscaban en torno suyo algo desconocido.

Canonesa en el capítulo secular de la Argentière, esperando establecerse en el mundo, Amelia, según decían, había sentido al salir de la infancia los martirios de un amor que no siendo correspondido, se vió obligada á ocultar.

Parecía agobiada por el fastidio. A veces se deshacía en llanto sin un motivo aparente. Otras veces permanecía los días enteros en una inmovilidad estúpida, ó devoraba libros devotos. Moviéndose por sus propias quimeras se retorció con indecibles sufrimientos.

La detención de su hermana, el suplicio de varios amigos suyos, guillotinos por conspiradores, é incesantes alarmas, acabaron de arruinar aquel organismo perturbado. Se quedó en un estado de delgadez alarmante. Los tambores que llamaban á diario á las secciones de armas, los grupos de ciudadanos con gorro encarnado y armados con lanzas que desfilaban por delante de

sus ventanas cantando el *Ça ira*, la sumergían en un espanto seguido por alternativas de anonadamiento y de exaltación. Conmociones nerviosas se manifestaron con una fuerza terrible y produciéndola extraños efectos.

Amelia tuvo sueños cuya lucidez admiró á cuantos la rodeaban.

Vagando de noche, despierta ó dormida, oía ruidos lejanos, suspiros de víctimas. A veces, en pie, extendía los brazos y señalando en la sombra algún objeto invisible, pronunciaba el nombre de Robespierre.

—Tiene—decía su hermana—presentimientos seguros, y profetiza desgracias.

Pues bien; durante la noche del 9 al 10 Thermidor, mi abuela y su marido, hallábanse en el cuarto de las dos hermanas; estaban los cuatro muy agitados resumiendo los graves acontecimientos del día y esforzándose por adivinar el final de todo aquello, porque se había decretado el arresto del tirano, conducido luego al Luxemburgo, donde no le admitió el alcaide, siendo llevado en seguida á las oficinas de la policía en el muelle de los Orfebres y luego salvado por la *Commune* que lo llevó al Ayuntamiento...

Allí seguía; pero ¿en qué actitud? ¿humillado ó amenazador? Experimentaban los cuatro gran ansiedad y solo interrumpía de cuando en cuando

el silencio el galope de los caballos de las estafetas de Hanriot. Esperaban ansiosos, cambiando á cada instante, un recuerdo, una duda, un deseo. Amelia permanecía silenciosa.

De pronto dió un gran chillido.

Era la una y media de la madrugada. Inclínada sobre un espejo, parecía contemplar una escena trágica.

Y decía:

—¡Le veol ¡le veol ¡Qué pálido está! ¡La sangre sale á chorros de su boca; sus dientes y sus mandíbulas están destrozadas! ¡Alabemos, alabemos á Dios! ¡El bebedor de sangre ya sólo beberá la suya!...

Al terminar estas palabras, que pronunció con extraña melodía, dió un grito de espanto y cayó al suelo. Se había desmayado.

En aquel mismo instante en la sala del Consejo del Ayuntamiento, Robespierre recibía el tiro que le destrozó la mandíbula y puso fin al Terror.

Mi abuela creía firme en aquella visión, á pesar de ser muy despreocupada.

¿Cómo se explica usted esto?

Lo explicaré haciéndoles observar que mi abuela, á pesar de ser muy despreocupada, creía en el diablo y en los hechiceros. Cuando era joven aquellas brujerías la divertían, y era, según de-

cían, una gran visionaria. Luego tuvo miedo del diablo, pero ya demasiado tarde para dejar de creer en él.

El 9 Thermidor hizo la vida soportable á la sociedad de la calle de Landry. Mi madre salió muy aventajada con aquel cambio, pero la fué imposible conservar rencor á los hombres de la Revolución. No los admiraba—nunca admiró á nadie más que á mí—, pero tampoco los aborrecía. Jamás se la ocurrió pedirles cuenta de los sustos que la habían dado. Esto depende quizás de que nunca les tuvo miedo. Depende sobre todo de que mi abuela era una aristócrata, una aristócrata de raza. Y como dice el otro, «los aristócratas serán siempre aristócratas».

Sin embargo, Danger prosiguió á través de los campos de batalla su brillante carrera. Siempre feliz, vestido de uniforme hallábase á la cabeza de su brigada cuando le mataron de un balazo de cañón el 20 de Abril de 1808 en el combate de Abensberg.

Mi abuela supo por el *Moniteur* que era viuda, y que el valiente general Danger «quedaba sepultado bajo los laureles».

Entonces exclamó:

—¡Qué desgracia! ¡Un hombre tan guapo!

Al año siguiente se casó con Hipólito Nozière, jefe de negociado en el Ministerio de la Justicia,

hombre bueno y jovial que tocaba la flauta desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche. Aquel fué un buen casamiento. Se querían, y no siendo jóvenes, supieron ser indulgentes el uno para el otro. Carolina perdonó á Hipólito su eterna flauta é Hipólito perdonó á Carolina todas las chifladuras que llenaban su cabeza. Fueron felices.

Mi abuelo Nozière es el autor de una *Estadística de prisiones*. París, *Imprenta Real*, 1817—12. 2 vol. in. 4.º, y de *Las hijas de Momus, canciones nuevas*. París, *en casa del autor*, 1821, in. 18.

La gota le molestó grandemente, pero no pudo quitarle su alegría, aun impidiéndole tocar la flauta; finalmente, le ahogó. Yo no le he conocido, pero tengo su retrato; está con frac azul, rizado como un cordero y con la barbilla perdida entre su inmensa corbata.

—Le lloraré hasta mi última hora—decía mi abuela á los ochenta años, y llevando ya quince de viuda.

—Tiene usted razón, señora—la contestó un antiguo amigo—; Nozière poseía todas las virtudes que hacen á un hombre buen marido.

—Todas las virtudes y todos los defectos, si me permite usted rectificarle—replicó mi abuela.

—¿Luego para ser un buen marido, es necesario tener defectos?

—¡Anda!—dijo mi abuela encogiéndose de hombros—es menester no tener ningún vicio, y eso es un gran defecto.

Ella murió el 4 de Julio de 1853, á los ochenta y un años.

## IV

## EL DIENTE

Si se tuviera tan buen cuidado de ocultarse como se tiene de exhibirse, se evitarían muchos disgustos. En los albores de mi vida lo advertí ya.

Era un día lluvioso. Me habían regalado un aparejo de postillón: gorro, látigo, riendas y cascabeles. Tenía muchos cascabeles. Enganché: yo me enganchaba á mí mismo, pues era á un tiempo el postillón, los caballos y el coche. Mi ruta era desde la cocina al comedor, siguiendo el pasillo. Aquel comedor representaba muy bien la plaza de un pueblo. El aparador de caoba, donde hacía el relevo, me parecía, sin ninguna dificultad, la posada del *Caballo Blanco*. El pasillo era para mí un camino con perspectivas variadas y encuentros imprevistos. Relegado en un espacio sombrío, disfrutaba de un extenso horizonte, experimentando entre aquellas conocidas paredes esas sorpresas que son el encanto de los viajes. Sin duda entonces era yo un gran mágico. Evocaba para mis diversiones seres amables y disponía á mi gusto de la naturaleza. Andando el tiempo